

EL MOTÍN

Año XXXIX

Madrid, Domingo 13 de Julio de 1919.

Número 15.

EL MOTÍN
PERIÓDICO SEMANAL
SE PUBLICA LOS DOMINGOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, 1'50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1'50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en su casa, con el 25 por 100 de rebaja.

A la Prensa

Doy las gracias á los periódicos que han anunciado la reaparición de EL MOTÍN, y á los que no dejaron de visitar esta Redacción durante los tres meses que dejó de publicarse.

Pensando en el porvenir

No en el mío, del que nunca me ocupé por preocuparme del de España.

Como tengo la seguridad de que dentro de dos mil ó tres mil años andarán los historiadores revolviendo archivos y bibliotecas para ver si averiguan á qué me dediqué durante los tres meses que estuve en 1919 sin publicar *El Motín*, voy á facilitarles el trabajo refiriendo en las inmortales páginas de este sin igual periódico lo que hice; mejor aún, lo que dejé de hacer.

Este relato, además, contribuirá á distraer á mis lectores de ahora de las calamidades sin cuento que España sufre (maurismo, ciervismo, jesuitismo, ladronismo y sus derivados).

También servirá de contestación á los que me escriben de provincias preguntándome cómo ando de la vista, dadas las noticias que les llegan por algunos amigos de allá que vienen á visitarme.

La operación que sufrí en el ojo derecho fué un éxito para Castresana; lo prueba el que antes del mes volví á trabajar de doce á catorce horas diarias, lo mismo con luz natural que con la artificial. Pero hete aquí que allá por Diciembre comencé á notar que cada vez leía con más dificultad, por lo cual en Febrero desistí de leer, limitándome á escribir. Esto me obligó á suspender el trabajo á que me dedicaba y

que consistía en escoger, clasificar y corregir todo lo que yo quisiera que quedara de mí, por si se echase de pronto encima la hora de tomar el tole sin haber podido publicarlo, como sospecho que ocurrirá.

Más tarde, advertí también cierta resistencia en mis ojos á leer lo que escribía, resistencia que fué aumentando hasta un punto que al reanudar ahora la publicación de *El Motín* he tenido que apelar al dictado, procedimiento que me ofrece grandes dificultades por la falta de costumbre; y porque según saben todos los escritores no es lo mismo una cosa que otra, aunque parezcan iguales. Pero á bien que yo tengo unos lectores que me dispensarán las deficiencias que encuentren en mis escritos. En cambio, yo me comprometo á que no se aburran, habiéndoles muy poco de la politiquilla de verdulerismo (por poco no digo verbalismo) que hoy impera, y con frecuencia de las tonterías que he dicho y hecho en política, seguro de que lograré que asome de vez en cuando una sonrisa á sus labios; lo cual en los tiempos presentes es más difícil, y hasta más milagroso, que hacer mover los ojos al Cristo de Limpias.

Al ver que no podía valerme para aquello que más necesito los ojos, leer y escribir, fui á ver á Castresana, quien me dijo que había aparecido en el derecho un exudado, fácil de corregir con una pequeña operación.

Confieso que la palabra *operación*, sobre todo tratándose de ojos, la oigo siempre con un poco de escama. Si estuviese en estado de ser ya operada la catarata del izquierdo, hubiera contestado sin vacilar á Castresana: «Pues manos á la obra.» Mas no siendo así, aquí me tienen ustedes hace un par de meses sin decidirme á que me operen, mientras pueda ir dictando medianamente.

Como para los demás usos de la vida, me sirven los ojos aunque no muy bien, pero en fin, mejor que á los que los tienen secos, y veo todavía el azul del horizonte y el verde de los árboles, me desgradaría mucho no *guijar* eso siquiera, si la operacioncita saliera mal y tuviese que acabar mis días sin luz y sin *mosca*, palabras sinónimas entre la gente flamenca. De fisonomías distingo poco, pues á lo mejor tomo un abastecedor de sustancias alimenticias por un ladrón, ó á un orador de oficio por un sacamuelas, suce-

diéndome lo propio al contemplar los edificios: en más de una ocasión he confundido ¡horror! una iglesia con un teatro y el Congreso con la Bolsa.

Fácil es comprender que esta situación me ha hecho recordar alguna vez la célebre dolosa de Campamor «¡Quién supiera escribir!», parodiando el final en esta forma: ¡Quién pudiera escribir como antes!, haciéndome pensar á la vez en que si los eunucos sienten en algún momento el deseo de solazarse con las odaliscas, seguramente no será más vivo ni imperioso su deseo que el mío al verme impetente para expresar mis ideas teniendo cuartillas en la mesa, tintero al lado y pluma en la mano.

Pero, en fin, como dijo el otro: no hay mal que cien años dure ni cuerpo que lo resista; y ya no puede estar lejána la hora en que yo exclame: «¡Ahí te quedas, mundo amargo; has conseguido que me despidas de ti sin *poderte ver* ni en pintura!»

¡Música, música!

Cualquiera, conociéndome un poco, supondrá lo divertido que habré estado en Mayo y Junio, en que me fué ya absolutamente imposible escribir. Los ratos que no hacía solitarios los dedicaba á recordar aquello que dijo Santa Teresa, de que si pudiera haber un Infierno peor del que se nos pinta, sería otro en que los condenados se aburriesen.

¡El aburrimiento! El día que reciba el primer baño de plomo derretido en el inmenso hotel de D. Satanás Primero y Ultimo, me consideraré feliz si lo comparo con la inacción obligada de esos dos meses, durante los cuales pensaba también á menudo en si podría seguir publicando *El Motín* dictando en vez de escribiendo. Afortunadamente, y por las pruebas hechas, creo que sí podré, lo cual me tranquiliza un poco.

Y dicho esto voy ahora á explicar por qué le he puesto á este artículo el título que lleva.

Allá por Febrero de este año se le ocurrió á un amigo, cuyo nombre me ha prohibido revelar, regalarme un modesto gramófono con cincuenta discos. Sin duda la Proviencia le inspiró esta idea para endulzar en parte el amargor de la pócima que me tenía

preparada, lo cual confirma lo de que aprieta, mas no ahoga.

A eso de las siete de la tarde de cada día, que para mí constaba de cien horas por lo menos, mi hija me invitaba á oír á Rossini, Bellini, Donizetti, Beethoven, Verdi, Wagner ó Gounod, con quienes hace muchos años habia cortado toda relación por falta de tiempo para visitarlos en el Teatro Real; ó bien á la *Niña de los Peines* y al *Mochuelo*, sobresalientes en el cante flamenco; ó á Cecilio Navarro, el rey de la jota, ó al gaitero de Libardón, sin igual en canciones gallegas, ó á un insuperable cantante llamado Samuel Crespo, que por su buen gusto artístico y por su pronunciación clara y sonora, supera á todos los que hasta la fecha he oído. De su mérito dan testimonio los numerosos discos que ha impresionado, y que son los que más se venden; los adquiriré todos cuando me toque el premio gordo de la Lotería de Navidad, ó me den un cargo los mauristas donde pueda meter mano, ó me venda á los jesuitas; tres cosas posibles, pues de menos nos hizo Dios. Todo lo anterior, claro es, se entremezclaba con *La Marsellesa*, el *Jaleo de Jerez*, las *Seguidillas manchegas*, las *Cartageneras*, las *Sevillanas*, la *Muñeira*, las *Malagueñas* y otros aires nacionales, que son los que más me agradan.

Al entrar en la habitación donde está el gramófono, dejaba á la puerta el fardo de mis preocupaciones y mi aburrimiento, que volvía á colocar sobre mis hombros á la salida, exclamando filosóficamente: «Esto pesa en demasia, pero que me quiten las dos horas de confortador olvido.»

Bendito el arte musical, que ha producido en mí un efecto sedante durante ciento veinte minutos.

Y de tal manera me habituó á este solaz diario, que considero como amigos queridísimos á todos los compositores y artistas á quienes se lo debo; solaz sólo comparable al que encontré siempre en el trabajo.

Y aquí voy á hacer una confesión que ruego á mis lectores no divulguen por lo que pudiera perjudicarme. He sentido, creo que por primera vez en mi vida, el remordimiento de no haber hecho lo que tantos: adquirir una fortuna, honradamente (si esto es posible) ó deshonoradamente (que esto sí lo es), porque de tenerla, ¡sin discos que hubiera yo comprado para variar el repertorio, y admirar á los que con su inspiración, su voz ó su arte contribuyen á dulcificar la vida!

Me parezco en esto al quinto aquel que al hallarse de centinela en Palacio vió salir al rey y lamentó no serlo para poder almorzar todos los días un par de huevos con jamón. ¡Desear tanto para realizar tan poco!

Al llegar aquí, me hago leer este

artículo y el anterior, y experimento cierta alegría al suponer que puedo seguir publicando *El Motin* al dictado sin aburrir á mis lectores.

¡Oh, el aburrimiento, qué cosa tan horrible! Aunque Santa Teresa no hubiera dejado como escritora otra frase que la copiada, tendría derecho á la inmortalidad.

JOSE NAKENS

Pastoral de sastrería

El cardenal Guisasaola ha publicado una pastoral dirigida á las mujeres españolas cristianas sobre la moda de los vestidos femeninos, asegurando que la ola de sensualismo y provocaciones indecorosas amenaza invadirlo todo, sin respetar la misma santidad del templo, y que los vestidos exóticos, por lo extravagantes é impúdicos, son la apoteosis de la carne y el renacimiento de un paganismo, mayor y más execrable que el primero en pueblos paganos.

Acabando por aconsejar que las mujeres católicas formen una cruzada ó bloque de la modestia cristiana, comenzando ellas por dar el ejemplo.

El que sea un arzobispo quien diga eso, no ha de influir para que yo niegue que las mujeres van ahora vestidas de desnudez.

Y no es lo más chocante que ellas vayan como van por ver si atraen algún presunto Capricornio que las conduzca al ara santa luciendo el simbólico ramo de azahar, sino que lleven á su lado, y tan orondos y satisfechos, á sus novios, sus maridos ó sus padres, diciéndose tal vez algunos de los primeros: «Lo que me va á producir esta chica»; de los segundos: «Esto se alquila»; de los terceros: «Esto se vende.»

Pero, vamos á cuentas, señor arzobispo

La mujer española es católica con muy pocas excepciones; acude asiduamente á las ceremonias del culto, confiesa y comulga, forma asociaciones piadosas y abomina de la impiedad; especialmente de la que simboliza, y á mucha honra, *El Motin*. ¿Cómo diablos se compagina entonces eso de que anden casi todas por esas calles y esos templos desvestidas de ropa, aunque algunas vayan vestidas de virtud? No me lo explico de otro modo que de este: la idea de Dios al crear al hombre y la mujer fué que anduviesen encueros, esto es indiscutible; y que él no les ordenó que se vistieran, también lo es; fueron ellos los que espontáneamente se taparon las partes que casi llevan hoy descubiertas las mujeres. Por lo tanto, quién sabe si pensarán, al irse desnudando poco á poco, en volver á la moda primitiva para ver si logran la perfección que vestidas no han llegado á alcanzar en tantos siglos como hace que la Iglesia las tiene sometidas á su moral discutible, á fin

de dominar por ellas al hombre, embrutecerlo y explotarlo.

Entre los comentarios que la Prensa hizo (muchos y sabrosos) acerca de la inauguración del monumento jesuítico del Cerro de los Angeles, ocupa para mí uno de los primeros lugares el siguiente, publicado en *El Parlamento* del día 16 de Junio.

Lo recorté para reproducirlo, pues tiene gracia é intención y merece figurar en las columnas de *El Motin*:

POR ESOS CERROS...

SOLILOQUIO DE CRISTO

El buen Jesús encarna en su efigie del Cerro de los Angeles; se entrecabe la tónica por que en el sitio donde lo han puesto no hay quien resista al compadre Febo, se atusa una guía del divino bigote y dice:—En mi existencia estuve más expuesto á una pulmonía. De un lado el Sol, que aprieta más que Longinos, y de otro la frescura de estos españoles, sólo comparable á la de aquel descreído que dudando de mi faenita del pan y los peces, vino á pedirme peces, para cerciorarse, dando lugar á que San Pedro, que no tenía muy buenas pulgas, le dijese: «Diga, amigo, el que quiera peces, que se moje en el Tiberiades», con lo que aquel zanganero, que era más gentil que á Raquel, fué diciendo por ahí que yo era un Onofre de orolina. Pero ni la frescura de aquél es comparable á la de éstos que me han colocado en la peana el siguiente letrero: «Yo reíro en España.» ¿Yo? ¡Habrá esquiame! ¿Yo reíro en España! ¿Que te creas tú eso, pero que no es eso! ¡Si yo reírase!... Porque hay que ver cómo respetan mis leyes. «Dejad que los niños se acerquen á mí», dije un día. Y tan al pie de la letra lo han tomado estos mismos «subditos», que me ungieron há días de mística caba, que no sólo les dejan acercarse á sus cautos, sino que pasan por encima de ellos con extraordinaria frecuencia. Cariños que desarticularan.

«Amaos los unos á los otros», hice la tontoría de exclamar otra vez, y bueno, ¿Pa qué? Tan al pie de la letra lo cumplen, que no hay cristiano que deje de amar á los otros y á lo que poseen los otros hasta ver si puede dejarles sin «lo. Esto sin contar con que hay frescos que empujándose me la divina plana, dice: «Amaos los unos á las otras...» y se hincha. Otra vez dije, «Creced y multiplicaos», y ¿qué caso se me ha hecho? Ahí tienen ustedes á Luis de Tapia, á Leopoldo Bejarano y á Diego San José... ¡han crecido esos! ¿Pues entonces! En lo del «multiplicaminis» también hacen por llevarme la contraria, y son, además, los ricos los más enemigos de mí máxima. En cambio hay peón de albañil que se enreda á «multiplicaminis» con una frecuencia que espasma.

Prdiqué la pobreza, y ¡que si quiero paela, Santa Catalina! El que por acá no corta el cupón, le corta el hipo al propio Dimas para dejarle sin blanca.

Ensalcé la humildad, y efectivamente, los mismos que vinieron á rendirme homenaje el otro día, necesitan una Biblia en blanco para poner sus títulos y dignidades. Duques, marqueses, condes...

Sólo me di cuenta de la escasez de barones. Alabé la continencia... y hay que ver cómo se contienen en esos «music-halls» modernistas. El día que no se contienen, ¡no van á respetar ni á los tiganes! ¡Llé la abstinencia... y si que se abstienen! ¡Llé la abstinencia... una saturnal. Cains Caligula, comparado con un pollo «bien» de hoy, resultaría un hortera archidúico...

En fin que yo creí que con las perrerías que me hicieron los judíos había quedado á la par, pero así; ahora resulta que éstos son mucho más judíos que los otros. Y ellas, muche más judías.

Hay que ver el negocijo que han realiza-

do a mi divina sombra unos y otros... ¡Y a mí me llamáis Cristo! ¡Y a mí me llamáis Salvador! Vosotros no habéis tenido más que un Salvador. El que merecáis. ¡Frasedo!

F. RAMOS DE CASTRO

El milagro de unos santos, ó un pueblo desconfiado

«Por lo visto se ha desatado una racha de milagros que nos van á volver de golpe y porrazo á los buenos tiempos del pan y los peces y demás maravillas de que hubieron de gozar nuestros buenos antepasados.

Ahora le ha tocado el turno al pueblo de San Juan de la Mata (León), y el milagro es verdaderamente peregrino. Al parecer, los santos de la iglesia del pueblo no están muy conformes con la conducta del rebaño ó de los pastores, y para protestar de ella, como según el decir del cura, éstos santos son de movimiento como las personas, se han puesto de acuerdo y uno tras otro van desapareciendo de la iglesia, dejando abandonados á los creyentes.

Y no es esto lo peor, sino que además de desaparecer se llevan los retablos, sin duda para colocarse sobre ellos en el lugar de su nueva residencia.

Pero es el caso que el pueblo incrédulo ó desconfiado no está conforme con esa misteriosa desaparición y mucho menos con que vayan acompañados de los consabidos retablos, y nos escriben atenta carta de protesta, pidiendo á la vez que por quien corresponda se averigüe dónde han emigrado sus queridos santos y quiénes son culpables de la emigración.

¡Vaya por Dios!

¿Que de dónde copio esto? De *El Liberal* del día 30 del mes último, para decirles á esos vecinos de San Juan de la Mata:

«Si creen ustedes todo lo que les dice el párroco respecto á misterios, milagros, etc., etc., ¿por qué no aceptan como verídica la fuga de esos bien aventurados?

En estas cosas sobrenaturales, admitido lo más hay que apechugar con lo menos. Tragarse la viga de que uno es tres y tres es uno y ahogarse con el pelo de que unos ciudadanos de la corte celestial se trasladen de un punto á otro cuando bien les venga, antójase-me que es poco lógico.

Esto no quita para que reconozca que no ha sido hasta ahora costumbre entre los santos que desaparecen llevarse á cuestras los retablos como los caracoles su casa; pero repito lo dicho; en asuntos religiosos no caben los distinguos: hay que creerlo todo ó no creer nada.

Hoy como ayer

Leo en *El País* que en la calle de la Escalinata viven dos niños recogidos por una familia caritativa, no católica, que no pueden salir á la calle sin ser maltratados de una manera salvaje por los otros chicos.

Y todo porque esas criaturas, una de ellas enferma, de siete años de edad, no llevan nombres de los que figuran en el antoral católico.

El niño enfermo ha recibido ya cinco pedradas en la cabeza, teniendo necesidad de ser curado en la Casa de Socorro las cinco veces.

La última, en la misma Casa, recomendaron á la persona que le acompañaba, que no se molestara en dar parte, pues así se evitara trastornos de tiempo y de dinero.

Y efectivamente. Por la última agresión al niño se celebró juicio de faltas, y el denunciante no consiguió más que perder tres medios días.

El mozalbete agresor salió absuelto por ser menor.

Creo que hay en el Código algún artículo que hace responsables á sus progenitores de ciertas faltas de los hijos; pero me alegro que no haya sido utilizado en esta ocasión. Hubiera podido obligar á los padres de esos requetés en miniatura á separarlos del camino de la perfección cristiana, que consiste en perseguir, odiar y sacrificar á todo aquel que no le hayan mojado el occipicio.

Amor y palos

Tenía don Blas Patente, párroco del Buencarnero, un ama y un jardinero que se amaban mutuamente

Y á las gratas soledades de la noche, en el jardín, se decían un sin fin de amorosas necedades, con harta pesar del cura, que aquel amor prohibía por razones que sería el decir aquí locura.

II

Una noche en que la luna su blanca luz ostentaba y las plantas retrataba en transparente laguna,

bajó la amante doncella al jardín bello y florido, y halló al galán, que rendido y apasionado por ella, con voz tierna y amorosa, —¡mi bien, mi amor!, me decía, en tanto que le ofrecía una perfumada rosa.

Un abrazo franco y tierno de tus brazos sólo pido; que en tales brazos prendido preso fuera yo al infierno.

Por ti las plantas cultivo, para ti la rosa nace...

¡deja, mi bien, que te abrace, que abrasándome en ti vivo!

Le dió entonces un abrazo; sonó un beso y... cuatro más; pero al ir al quinto... ¡zas!... recibió tal estacazo, que lo dejó sin sentido.

Volvio la vista, miró, y no sé lo que allí vió; mas es lo cierto que herido cayó en tierra al tiempo mismo que exclamaba: —¡Desdichado! ¡Un cura me ha bautizado... y otro me ha roto el bautismo!...

ENRIQUE CABRERA

COMENTANDO A SCHOPENHAUER

Schopenhauer...; he ahí un filósofo de los que fueron, por el que siento, á pesar de su escepticismo, veneración é idolatría.

Si; al contemplar su rostro en el que mil cruces arrugas pusieron de manifiesto las dudas terribles, los titánicos combates para permanecer sereno ante la desoladora verdad que había descubierto, fruto de largos años de estar siempre pensando en lo mismo; esto es, que su portentoso cerebro, que tanto había sentido y sufrido, tenía irremediablemente que disgregarse, sin que quedara huella alguna del magno martirio intelectual que con suicida voluptuosidad habíase engendrado.

En cada uno de estos pliegues que surcaban su atormentado semblante, hubiese yo querido poder poner piadosa un triste y amoroso beso, con la seguridad de haberle proporcionado con ello un reparador alivio á su inmortal desolación. Y también en sus pebres y enrojecidos ojos, con reflejos de locura, que con seguridad debían haber llorado mucho en la soledad de su cuarto y á solas con sus desfallecidos soliloquios, también hubiese querido rozar en ellos mis labios y beber ansiosa sus lágrimas, hijas del aplastante fatalismo en que su dueño iba desahogándose, con la religiosidad y unción que con mi madre procedo al hacérselos de vez en cuando.

Vivió infeliz y nunca resignado, á tener que desaparecer y á ser olvidado igual que la cosa más insignificante.

Comprendía que al fin y á la postre tenía que venir á acabar en la nada (por así decirlo, ya que la nada no existe), lo mismo habiendo sufrido, pensado y conocido que si hubiese sido perfectamente idiota. Sabía que por sarcástico destino, sufre más el que es mejor y más sensible. Sabía que no podría hallar mientras viviese reposo, consuelo y premio la augusta majestad de su dolor; y que para final tormento, al dejar de vivir, dejaría de ser lo que era, no volviéndolo á serlo nunca más, y sin jamás poder recordarlo.

Era tanto, que comprendió que no era nada. ¡Infelizmente divino!...

Pues bien, señores; solamente lo encuentro desacertado á este mi buen amado mártir mental en el juicio que hace sobre la mujer cuando dice lo siguiente:

«Preciso ha sido que el entendimiento del hombre se oscureciese para llamar bello á ese sexo de corta estatura, estrechos hombros, anchas caderas y piernas cortas. Toda su belleza reside en el instinto del amor que nos empuja á ellas. En vez de llamarle bello hubiera sido más justo llamarle inestético.»

Como digo, en este juicio es en el único en que lo encuentro desacertado: porque yo creo que como la Tierra es redonda, todas las cosas que dentro de ella tiendan á afectar á aquella forma serán más perfectas, por asemejarse á quien las engendró. Por consiguiente, toda mujer que más se parezca al número 8 (dos ceros unidos), más atractivos tendrá. ¿No?

Y si á la mujer se le llamase inestética, pronto veríamos que todos los hombres acabarían por ser inestéticos, teniendo gustosos el gusto de tener ese mal gusto.

Pasaría como aquel padre que teniendo horror á todas las mujeres, impidió á su hijo que viera alguna hasta cumplidos los veinte años; y cuando por fin decidiese á presentarlo en sociedad, le advirtió que no hiciera caso, ni escuchase ni mirase á uno seres que vería que usaban faldas porque eran los espíritus malignos, los diablos.

Cuando por la noche dispusieron á acostarse, preguntóle el padre al hijo, qué era lo que más le había gustado en aquel

para él mundo nuevo; contestándole el hijo rápidamente: «Los diablos, padre míos! No, mi venerado ex Schopenhauer; respetuosamente me he atrevido a replicarte en este punto.

ANGÉLICA DEL DIABLO

Dos milagros

Los que sistemáticamente niegan los milagros, saldrán de su error al leer esto que copio de *El País* del día 8 del actual:

DE ZARAGOZA

Fraile escolapio sátiro A la cárcel con sotana

Un fraile escolapio llamado Pedro Cester Narro ha ingresado en esta cárcel acusado del delito vergonzoso de abusos desonestos.

El caso sucedió de la siguiente manera: A la hora en que los alumnos de la clase segunda del colegio que aquí tienen establecido los escolapios terminaban el tiempo dedicado a recreos, el fraile Pedro Cester invitó al niño de once años Tomás Catalán para que se quedase a solas con él, pretextando el repaso de algunas lecciones.

Cuando estuvieron sin otros testigos que los paredones del citado patio de recreos, el sátiro fraile pretendió forzar a la criatura, poniendo en tan infame empeño todas sus energías y al desnudo todos sus atributos varoniles.

Escandalizado el niño ante semejante indignidad, y sacando fuerzas impropias de sus pocos años, pudo desahirse del lascivo ensotonado, marchando rápidamente a su casa a referir a sus verdaderos padres lo acontecido con el padre de almas mosén Pedro Cester.

Inmediatamente, y con la natural indignación, el padre y la madre del niño Tomás denunciaron el hecho a la Jefatura de Policía, además de ir al convento escolapio a poner en conocimiento del rector la tropelia del infame fraile, que es sobrino carnal de dicho rector.

Obrando diligentemente el jefe de policía, envió en busca del fraile, el cual fué conducido a su presencia, con el traje talar, por dos guardias de Seguridad.

Allí, á presencia del padre del niño Tomás Catalán, y después de algunas negativas, declaró al jefe de policía su delito, pidiendo perdón á los agraviados.

Puso como argumento de fuerza el canallesco fraile los perjuicios que con el escándalo se ocasionarían al catolicismo, á la orden de los Escolapios y, en suma, á la religión.

Todas estas «monsergas» no pudieron ablandar al padre de la criatura atropellada, y ante su insistencia en mostrarse parte en la causa, se pasó el tanto de culpa al Juzgado, y el juez dictó seguidamente auto de prisión contra el fraile Pedro.

Con el mismo traje ensotonado lo llevaron á la cárcel, y en la «celda de políticos» lo tienen r. cluido.

El atropello inicuo cometido por este fraile canalla, ha producido entre las gentes honradas la consiguiente ira, que seguramente se traducirá en actos de protesta contra el vandálico sucedido.

Ya se habla de que en virtud á los trabajos realizados por los clericales de toda laya, se pretende echar tierra al asunto

para que el cogulla no pague su vergonzoso delito.

No obstante este rumor, que se hace muy insistente, «confiamos en la rectitud del juez Sr. Valverde, poco dispuesto á allanarse ante bastardas presiones.

Si nuestra confianza en la actitud del juez resultara fallida, se extenderá la protesta á donde sea menester, al objeto de que este hecho no quede impune.

Les tendré al corriente de lo que ocurra con el fraile sátiro.

La prensa que aquí se llama liberal no ha querido dar publicidad á este caso tan público y notorio.

Sin comentarios.—SEBASTIAN BANZO
4 Julio 1919.

En ese relato hay, como se ve, no uno, sino dos milagros; el primero, que el niño Tomás saliera ileso de las manos del escolapio Pedro, sin tener la facultad de volar como los ángeles aquellos que trataron de enhebrar también hace unos cuantos siglos los vecinos de Sodoma; y el segundo, que el escolapio ingresara en la cárcel gobernando los hombres que acaban de consagrar á España al Corazón de Jesús en el Cerro de los Angeles.

Felicito al niño por lo afortunado y heroico y al juez que ha decretado la prisión por imparcial y justo.

Y deseo que esos dos milagros no den lugar á otro mayor, como es uso y costumbre aquí: que resulte inocente el autor del malogrado perforamiento.

Y termino lamentando que haya periódicos que publiquen ó aireen estos frecuentes sucesos que tanto perjudican á la religión que tengo el honor y la dicha de no profesar.

Justicia merecida

De todos los legítimos triunfos alcanzados en el Parlamento por el diputado socialista Indalecio Prieto, ninguno tan grande como el que le proporcionó el maurista Vitórica en la sesión del jueves, 3, al poner en duda su honorabilidad.

Prieto se desdénó de contestarle, pidiendo á sus eternos adversarios políticos, los mauristas de Vizcaya, que se encargasen de hacerlo; y éstos, con los demás diputados de aquella provincia, testimoniaron que su honorabilidad era indiscutible y perfecta en todos sentidos.

Diputados de todas las fracciones se honraron aquel día estrechando las manos de Prieto y dejando corrido y apabullado á ese Vitórica que, de no haber heredado millones, probablemente tendría que ganarse la vida recogiendo colillas por las calles ó subiéndolo baules de la estación.

Sospechas infundadas

En la sesión celebrada el martes en el Congreso se separaron por vez primera fundamentalmente las opiniones dentro del bloque de las izquierdas. Se trataba de saber si el Tribunal Supremo había he-

cho bien ó mal en tener en cuenta la filiación política del candidato proclamado, para anular el acta de Marquina. Y los señores Villanueva, en nombre del partido democrata, y conde de Romanones, se apresuraron á quitar importancia al hecho y á anunciar que votarían á favor del informe.

Gentes de esas que siempre piensan mal, habrán visto en esta actitud una adulación al Tribunal Supremo, donde continuamente tienen asuntos los abogados liberales y democratas; pero si se fija uno bien, tomando la cosa en ese sentido, de todo tiene la actitud menos de adulación, ya que pinta al Supremo como dejándose influir también para sus fallos por mezquinas consideraciones de «tú me votaste y tú no».

Y para acabar de destruir estas sospechas, ahí están las palabras del conde de Romanones, quien bien claro advirtió que «se apartaría de los informes del Supremo en casos extraordinarios». También aquí ha querido morder la malicia diciendo que para el conde de Romanones son casos extraordinarios aquellos en que el Supremo perjudique á un amigo suyo.

¿Nueva racha?

Desfalco de muchos centenares de miles de pesetas en el arrendamiento de contribuciones en Valencia.

Otro de 500.000 en el ministerio de Estado.

A lo que parece, comienza ahora una nueva racha de saqueos en las oficinas públicas parecida á la que tan célebre se hizo en los primeros tiempos de la restauración. Creían entonces los monárquicos que iba á durar poco y se apresuraban á enriquecerse, por sí acaso.

Hay clases y partidos que no abandonan nunca sus tradiciones productivas.

Suma y sigue

La siniestra Deidad monárquica, el Orden, sigue recibiendo homenajes sangrientos. El último que se le ha tributado ha sido en el pueblo de Puebla Larga, provincia de Valencia, donde en la noche del día 8 resultaron muertos por la Guardia civil cinco trabajadores, y cuatro gravemente heridos y otros cuantos levemente.

Ignorando yo á la hora en que escribo estos renglones las causas de esta sarracina, me abstengo por hoy de todo comentario.

AMIGOS QUE HAN ENVIADO CANTIDADES PARA AYUDAR Á EL MOTIN

Francisco Guinea, París, 20; Eugenio J. Cortárena, San Sebastián, 19; P. M., Madrid, 3; Adelardo Lucena, Caza la, 5; Víctor Manuel del Arco, Sardón de los Frailes, 2; Francisco Gancedo, Carreña, 1; Fermín Navarro, Valencia, 5; Pascual Muñés Liria, 6; León Fernández, Añora, 1; José Corbacho, Valle Santa Ana, 1; José Baró, Barcelona, 4; Tomás Carmona, Montellano, 1.—Los amigos de Santona han enviado 100 pesetas cada uno de los meses de Abril y Mayo.

Imp. Genérica, San Leonardo, 8.